

CAPITULO 21

Expuestos a la intemperie, iban a ser devorados por las aves carroñeras.

Réquiem

Al recordar Javier Alcántara esa historia de su amigo, le produjo la maldita sensación, que, si Luis Onfrey hubiese muerto, nadie le iba a disputar el amor de Alondra, pero tal idea no constituía sino un albur. A su edad, no podía aspirar al amor de quien podía ser su nieta. ¿De dónde ese empecinamiento, esa idea contrapuesta a la realidad?

Cómo le enturbiaba la vida aquellos ramalazos de pasión, las ansias de volver a ser un seductor. Alondra se convertía en obsesión, venida desde la lejanía a entregar su pureza. Se encaminó al taller y se dedicó a mirar una revista, donde había modelos de objetos para tallar. ¿Acaso debía renunciar a ese amor, el cual sentía esquivo?

También, él era extraño en la zona. Trasplantado a esa región de lluvias y luchas de un pueblo subyugado por una

burguesía ladrona, asesina, amparada en las estructuras del gobierno, desde el día de la independencia. Javier quería permanecer ajeno a aquella realidad. Como era profesor dotado de crítica, conocía en profundidad las motivaciones de un pueblo subyugado, herido en sus tradiciones, obligado a servir a contrapelo al nuevo conquistador.

Alrededor de los trece años, él y dos de sus hermanas, quedaban huérfanos. Sus padres habían fallecido en un accidente de automóvil, al caer al río Cachapoal. Por años se ocultaron las causas de la tragedia, pero ya hombre, Javier se enteró que su padre conducía borracho, mientras de noche regresaban de una fiesta familiar. Quiso odiarlo, destruir las fotografías que, en marcos de peltre, conservaba en su casa.

A las hermanas las acogió un matrimonio sin hijos, que eran sus tíos. Javier, en cambio, marchó a vivir con la hermana de su padre, de profesión abogada. Solterona, aunque no ejercía lo que se entiende por serlo. Vinculada a una sociedad apegada a las costumbres del Medioevo, a la abstinencia carnal, sabía cómo endulzar las horas de holganza. Y desde luego, lo hacía con la propiedad y prudencia, de quien entiende cómo encontrarlas.

Al cumplir 20 años, Javier viajaba a Francia, convencido de su vocación de pintor. Después de estudiar en academias,

talleres privados, descubría que por ahí no se hallaba su vocación. En su permanencia de tres años en Europa, vivió jornadas de incertidumbre, amoríos frustrados, a causa de su inexperiencia. Infinidad de mujeres concurrían a su taller a posar y él creía que, por esa sola circunstancia, las podía amar. La mayoría lo desdeñaba, no así Agathe, la amante de un escritor rumano, que vivía exiliado en Francia.

Ella, madura, experimentada en el arte del amor y el desamor, a las triquiñuelas del nunca tranquilo lecho, donde se nace, muere y se procrea, auxilió al desmañado Javier. A ese Javier, que sólo conocía la postura permitida por la tradición. En largas jornada de aprendizaje, le entregó una visión aumentada y corregida del Kamasutra. Página a página le hizo leer, desde la a hasta la zeta, sin detenerse en la h, aunque muda, siempre dispuesta a confundir a quien ama o escribe.

Desde luego, el texto había sido traducida por ella al francés. Mientras lo jineteaba hasta quitarle el resuello y las ganas de caminar, le decía mimosa: “¿Sabes mi pichón venido desde América? Mi rumano me aburre, porque sabe demasiado y tú me diviertes, porque no sabes nada”.

Agathe, al cabo de meses, completaba el concienzudo aprendizaje de Javier, sin saltarse una coma, a así permitirle, continuar otras aventuras. Juzgaba el más aventajado de sus

alumnos, debido a la disposición al estudio. De ahí que, la lectura, cual fuere el tema, enriquece la vida.

Una tarde, mientras el joven adoctrinado recorría el barrio, donde abundan los inmigrantes árabes, conoció a Tahira. A ella sus padres pusieron ese nombre en árabe que significa pura, virginal, pues anhelaban que llegara así al matrimonio. Tahira decidió esquivar las arbitrariedades paternas, apenas descubrió las delicias de la vida. Ese propósito lo juzgaba idiotez decimonónica. Olor a sacristía o al baúl de la casa, donde se guardan recuerdos.

Apenas cumplió los veinte, se largó del hogar. Como si ahí hubiese lepra. “Tahira, Tahira, haz honor a tu nombre”, le suplicó su madre, mientras echaba lágrimas y se le colgaba al cuello como un relicario, empeñada en retenerla.

A poco andar, la hija díscola empezó a modelar, a servir de portada en revistas de actualidad, debido a su belleza propia del mestizaje. Por su lecho de soltera rebelde, lenguaraz y feminista sin tregua ni horario conocido, la visitaban jinetes de distintas categorías, a quienes exigía la legítima contribución económica, para socorrer su vianda. Además, sabía engatusar a los bobos, que la desvestían, lo que ellos mismos contribuían a vestir.

Javier asomaba como último exponente de tanta

liberalidad carnal, y Tahira, empezaba a sentir amor por él. A la chica le seducía aquella manera galante de tratarla, de conducirla al límite de sus posibilidades, a destrozar el espejo de la virtud. En el salón, como en la intimidad de la pieza o en otros sitios públicos o privados a donde concurrían, empeñados en esquivar la rutina.

Esa noche de verano, el amante surgió justo cuando ella quería entregarse al frenesí, obsesionada por alcanzar niveles nunca antes logrados. En la tarde había visto en la televisión, una película francesa, donde una pareja de amantes se deleita por encima de los obstáculos, sean estos sagrados o profanos. Dispuesta a derribar añosos tabúes.

Mientras Tahira se bañaba en la tina —apetecía recibir ahí al amante, como en las películas— se puso a cavilar qué le pediría, para satisfacerla. Quizá le diría: “Visita mi jardín esta noche de verano, donde los pétalos de mi flor codiciada, que un tiempo fue virgen, el loto de un poema inédito, imploran tus besos, suaves mordiscos de bebé, mientras busca el pezón de la madre”.

“Atrévete cabalgador nocturno, rumbo a la dicha oculta en la intimidad de nuestros deseos. Recorre mi vientre con tus labios de sonrisas lascivas, lengua amiga de palabras ardientes y busca mis recodos, cada pliegue de mis

intimidades por descubrir. No temas exponer la multiplicidad de tus invenciones, gigoló brienzuelo, sean o no permitidas por la sociedad. ¿Acaso no te he preferido a otros? ¿Acaso no me he depravado por agradarte? Demuestra entonces, reciprocidad hacia mí. Cabalga esta noche sujeto a mis estribos, rumbo a lo desconocido”.

“No tardes en desplegar cuanto he valorado en ti, canalla, sin temor a que me sienta ultrajada, impudica por haber permitido tantos excesos. Violada por caminos alternativos a sabiendas, lo cual me produce éxtasis acompañado de sonrojo. ¿Olvidas aquella vez que mientras nos amábamos, veíamos por la ventana a la vecina que se acariciaba los pechos? Si deseas, comparte conmigo la tina, el agua del manantial de mi cuerpo a tu merced, para bautizar tu pasión. Jabóname hasta el delirio, hasta donde tu imaginación lo diga o más allá de tus pretensiones. Nada de límites entre ambos, pues son barreras impuestas por la beatería”.

“Atrévete a más, ahora. Sécame con toallas aromadas de lujuria, fuego, o con tu lengua prodigiosa, amiga de la mudez cuando trabajas el amor. ¿Cómo olvidar aquellas palabras húmedas? Tantas veces sentidas en la geografía de mi cuerpo. Igual a la primera vez que nos conocimos, y tú desplegabas pródigas invenciones, lo cual me sedujo y terminó por preferirte

a los demás”.

“¿Recuerdas cuando me propusiste una locura que hasta el día de hoy me produce pálpitos, el vértigo de verse vulnerada? Yo no me atrevía a realizarla, pero debido a tus insistencias accedí a regañadientes. Sí, esa ocasión que, con tu lengua untada en miel de abeja, visitaste mis labios del jardín secreto y enseguida, pusiste ahí gajos de uva rosada”.

“Después los fuiste sacando de a uno y los mordisqueabas, para enseguida besarme y preguntar si yo deseaba beber de tu surtidor de la vida. Otra vez desearía intentar todo aquello, aunque pienses que soy perversa, porque te amo”.

En babuchas y cubierto por una túnica beduina, Javier ingresó al ateneo del placer, donde solo le está permitido concurrir a los sacerdotes del placer. ¿Cómo olvidar cada una de aquellas temerarias ocasiones, donde buceó para alcanzar raíces de nenúfares desplegadas a su merced? ¿Pétalos a punto de desprenderse de la rosa de los vientos? Si se quiere olvidar de algo, no siempre se olvida. Se puede olvidar el nombre de un viejo amor, el de la calle donde vivimos, aquella esquina de algún encuentro furtivo, jamás un encuentro carnal.

Al bisoño Javier lo recibió el olor a incienso, a hembra azuzada por escenas recientes de placer. A jabón aromado en el jardín secreto, donde sólo concurren quienes sí saben de

amor. Se detuvo en el centro del baño. Sin recurrir a preámbulos, discursos del caso, hablar de la noche, preguntar la hora, o si iba a llover, cerró el baño y arrojó la llave por la ventana.

Javier regresaba a Chile. Siempre bajo el amparo y apoyo de su tía solterona, ingresaba al Bellas Artes por un tiempo y después de unos meses, al pedagógico a estudiar historia. Como si quisiera burlarse de su actividad vinculada a la plástica, realizó una última actividad sobre el tema.